



CLAEI

Círculo Latinoamericano de Estudios Internacionales

América Latina en la frontera de la OTAN

*LUIS GUTIÉRREZ ESPARZA**

Los presidentes de Rusia y Estados Unidos, Dmitri Medvedev y Barack Obama, negociarán medidas que permitan profundizar el mutuo compromiso en la reducción de armas nucleares, en la no proliferación y en la posibilidad de trabajar conjuntamente en la defensa antimisiles, durante la visita de Estado del mandatario estadounidense a Moscú, del 6 al 8 de julio.

Sin embargo, el desarme nuclear, pese a su importancia prioritaria, no es el único foco de preocupación para el mundo y en particular para América Latina. El incremento de las actividades militares de Estados Unidos en el territorio latinoamericano y en el Caribe, ha obligado a las naciones de la región a examinar con mucho cuidado y prolijidad los documentos finales de la cumbre por los 60 años de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), celebrada a principios de abril en Estrasburgo, Francia y Kehl, Alemania.

Hoy en día, nos queda claro a los latinoamericanos que Estados Unidos y sus aliados europeos se arrojan la prerrogativa de intervenir en las cuestiones regionales de cualquier índole y en los asuntos internos de las naciones en cualquier parte del mundo y el exclusivo derecho de emplear la fuerza militar más allá de sus fronteras, como señala Rick Rozoff, analista del Centro de Estudios sobre la Globalización.

En el Círculo Latinoamericano de Estudios Internacionales, consideramos que la globalización de la OTAN es una realidad en crecimiento; y esta visión estratégica, impulsada desde Washington, arrastra no solamente a Europa Occidental, pese a las reticencias y resistencias de algunos gobiernos, sino proyecta su sombra intervencionista sobre América Latina, que al tener en México frontera con Estados Unidos, la tiene asimismo con la propia alianza.

En el ámbito latinoamericano, el objetivo es crear un cerco militar contra los países que no acaten las directrices geopolíticas y geoestratégicas de Estados Unidos. Los gobiernos, la clase política y sobre todo, la sociedad civil, tienen cada vez más claro cuál se pretende que sea el papel de la OTAN en el mundo actual y de cara al futuro. Por ello, las naciones de la región deben replantear sus vínculos de diálogo y cooperación con Estados Unidos, en tanto no modifique esa política militarista.

En la concepción geoestratégica de los altos responsables reales de la política exterior estadounidense, basada en un diseño hegemónico y financiada

* Presidente del CÍRCULO LATINOAMERICANO DE ESTUDIOS INTERNACIONALES



por el complejo industrial-militar, que existe, ha existido y existirá más allá de lugares comunes y de frases hechas incubadas durante la Guerra Fría, la OTAN debe ir desplazando a la Organización de las Naciones Unidas del eje de la concertación internacional.

El máximo organismo global, supranacional, deberá ser, conforme a dicha visión, una estructura militar que supedite los intereses políticos a las grandes decisiones geoestratégicas tomadas en los círculos superiores de la Casa Blanca y el Pentágono; dentro de los cuales, por cierto, puede estar incluido, o no, el presidente de Estados Unidos.

En todas las capitales latinoamericanas cunde la certeza de que además de fortalecer la estructura militar de la OTAN, sus integrantes, encabezados por Estados Unidos, llevarán a cabo una campaña permanente de propaganda y relaciones públicas, orientada a moldear a la opinión pública internacional en torno a los grandes temas del mundo contemporáneo, con una visión favorable a los intereses de la alianza.

Para ello, buscarán establecer vínculos renovados y más estrechos con los organismos internacionales más importantes, mismos que a la vez irán siendo minados y cooptados; e incluso con organizaciones no gubernamentales de carácter global, regional y nacional, a las cuales esperan convencer de las bondades de programas colaterales de la alianza, como la Asociación para la Paz, nombre eufemístico que disfraza la incorporación de países como aliados de segundo nivel.

Consecuentemente, en las maniobras navales denominadas *Unitas Oro*, que tuvieron lugar en abril, participaron 15 barcos de guerra, dos submarinos y más de una docena de aviones de 11 países, incluido por primera vez México, en una decisión del gobierno del Presidente Felipe Calderón, avalada por el Senado de la República, cuyas consecuencias e implicaciones serán muy negativas para el país.

Es muy importante denunciar que este lamentable cambio de rumbo continúa de manera alarmante: el gobierno de Estados Unidos indicó que el Ejército mexicano y agencias mexicanas de seguridad, participarán en el primer mayor ejercicio táctico antiterrorista de fuerzas multinacionales en ese país, del 27 al 31 de julio.

“Este año Estados Unidos da la bienvenida a la participación de Australia, Canadá, México y el Reino Unido en el Ejercicio de Nivel Nacional 2009”, indica un informe de la Agencia Federal de Emergencias (FEMA, por sus siglas en inglés), dependencia encargada de la respuesta a emergencias por desastres naturales y terroristas, dado a conocer por el diario mexicano *El Universal*.

El gobierno estadounidense regresó al servicio activo en 2008 a la IV Flota, creada originalmente en 1943, durante la Segunda Guerra Mundial, para asegurar el dominio del Caribe y el Atlántico. En 1950 la desactivó, al unificarla con la II Flota. Casi medio siglo después, el Pentágono decidió que era preciso retomar el principio de la hegemonía naval militar estadounidense en aguas caribeñas y suratlánticas. Para enfatizar el propósito, desde el 1 de julio de 2008 la IV Flota está



en alerta permanente, dentro de un paquete de medidas de emergencia destinadas a restablecer el control político de Washington sobre América Latina.

El proceso de elaboración de un nuevo concepto estratégico para la OTAN global, ocasionará fuertes diferendos políticos, no sólo entre los integrantes de la alianza, sino en el resto del mundo. Por ejemplo, las amenazas que contempla ahora la OTAN han dejado de ubicarse en una zona geográfica específica –la que ocuparon las desaparecidas Unión Soviética y comunidad de naciones socialistas de Europa central y oriental–, para abarcar de hecho a todo el mundo.

¿Cómo habrán de combinarse las obligaciones y responsabilidades de la defensa colectiva, con la existencia de una fuerza de reacción rápida, poderosa y efectiva, capaz de trasladarse en corto tiempo al más remoto rincón del planeta? Estas misiones expedicionarias son consideradas cada vez más prioritarias no sólo por Estados Unidos y la OTAN, sino incluso por la burocracia dirigente de la ONU.

Los estrategas de la OTAN trabajan afanosamente en un conjunto de directrices que determinen las condiciones para llevar a cabo “acciones solidarias” de intervención militar contra “Estados fallidos”, concepto que en este caso, no es sino un eufemismo para designar a los gobiernos o regímenes incómodos, principalmente aquellos que no acepten los dictados de Washington y sus aliados europeos.

En la memoria colectiva latinoamericana y caribeña, ha quedado claramente registrado que, aun antes de la OTAN global y de la nueva visión geoestratégica de Estados Unidos y sus aliados europeos, el uso de la fuerza militar ha sido el recurso favorito de la Casa Blanca y el Pentágono, como lo prueban casos como el de Grenada y el de Panamá; y en otros continentes, los de la desaparecida Yugoslavia, Afganistán e Irak, para no remontarnos demasiado en el tiempo.

Los planes de los altos dirigentes políticos de la OTAN referentes a una reforma estructural que permita a los mandos militares reclutar personal de apoyo entre los cuadros gubernamentales de la Unión Europea, de la ONU y de otros organismos internacionales, han comenzado a provocar dudas y temores en América Latina. Será preciso insistir, ante los gobernantes, los actores políticos y la sociedad civil latinoamericana, en la urgencia de un rechazo tajante a los propósitos de subordinar a todos los organismos internacionales, incluidos la ONU y, por supuesto, la Organización de Estados Americanos, a los planes y los objetivos de la OTAN.

El inicio de las discusiones acerca de la redefinición de las atribuciones y actividades de la OTAN, coincidió con la modernización de la base aérea de Palanquero, en Puerto Salgar, Cundinamarca, Colombia, que fue certificada nuevamente por el Pentágono y parece destinada a sustituir a la base de Manta, cuya concesión a Estados Unidos fue revocada por el gobierno de Ecuador. Palanquero serviría oficialmente como punto de reabastecimiento de aviones militares de transporte, pero en realidad permitiría a las fuerzas armadas estadounidenses controlar de manera más directa el territorio sudamericano. Adicionalmente, expertos europeos en inteligencia consultados por el CLAEI, señalan la posibilidad de que el Comando Sur destine Palanquero a ser el punto de



partida de un corredor aéreo de la OTAN entre América del Sur y el continente africano.

Ya dieron principio los trabajos de remodelación de la pista de aterrizaje y de modernización de la infraestructura para el personal militar y de servicio, con la tecnología de punta normalmente disponible sólo para los militares estadounidenses. El presupuesto del Pentágono contempla invertir 50 millones de dólares en estos trabajos, pese a que aún no terminan las negociaciones formales con el gobierno de Álvaro Uribe.

Es importante recordar que Uribe había ofrecido anteriormente el uso de Palanquero al Pentágono, propuesta que fue rechazada en Washington. De hecho, el Congreso estadounidense prohibió entregar ayuda a los militares colombianos establecidos en la base, luego de un sangriento incidente en 1998, cuando los soldados destinados allá atacaron a civiles de poblaciones aledañas y ocasionaron decenas de muertes.

Paralelamente, el Pentágono negocia con el gobierno de Alan García, en Perú, el restablecimiento de una base militar en Pichari, provincia de Ayacucho, aunque el Departamento de Estado insista en desestimar la información. Sin embargo, no pudo negar que Estados Unidos ayudará al gobierno peruano a modernizar las instalaciones. De hecho, han comenzado a llegar a Pichari algunos de los equipos que se encontraban en Manta.

Bajo la égida estadounidense, la OTAN se aproxima paulatinamente hacia una confrontación geopolítica y geoestratégica de alcances globales. Estados Unidos insiste en cercar a Rusia con una defensa antimisiles que constituye, conforme a expertos militares estadounidenses, un arma de primer impacto, pues no sólo se trata de un escudo, sino de “un entrenamiento para entrar en acción”, ya que “facilitará un empleo más eficiente de la potencia militar de Estados Unidos en el extranjero”.

Los expertos, citados por Noam Chomsky en un amplio análisis del tema, consideran que al quedar presumiblemente a salvo de represalias, Estados Unidos tendrá la capacidad y la disposición “para *modelar* el entorno geopolítico y geoestratégico en otras partes del mundo”, puesto que la defensa antimisiles “no fue concebida para defender a Estados Unidos: es un instrumento de dominación global”.

La defensa antimisiles abre asimismo la posibilidad de nuevas amenazas de agresión en el Medio Oriente, así como de ampliar la presencia militar de Estados Unidos –y de la OTAN—en el ámbito latinoamericano. Es preciso insistir en que, pese a la omisión o a la ignorancia, América Latina tiene frontera con la OTAN: los tres mil kilómetros que acercan y alejan a la vez a México y Estados Unidos. La creciente presencia militar estadounidense, es la presencia de la OTAN.

Aceptar el supuesto “sistema de defensa antimisiles”, equivaldría a inclinar la balanza del lado del fin de la especie humana en un futuro no demasiado lejano.